

valores liberales”. Concluyó introduciendo la responsabilidad del intelectual de intentar hacer algo que vaya más allá de los ritos: “el término *reflexión* significa las posibilidades del activismo intelectual — la tarea y agencia de la imaginación crítica”.

Ser la primera directora de SITAC que viene de fuera de América Latina fue un privilegio y quisiera agradecerle a todos los del PAC por esta invitación. Este evento no hubiera podido tener lugar sin la ayuda y contribución de muchos. Por lo tanto, quisiera agradecer a todos los patrocinadores institucionales, corporativos y privados de SITAC VI, especialmente a Eugenio López Alonso, Presidente Honorario del PAC, por su generoso apoyo. Mi más profunda gratitud va a Aimée Labarrere de Servitje y a Roberto Servitje por su generosidad sin precedentes. Me gustaría agradecer personalmente al Comité Asesor de SITAC, Ery Camara, Osvaldo Sánchez, Guillermo Santamarina y Patricia Sloane, por su confianza, amistad y continuo apoyo durante todo el proyecto, especialmente cuando la ubicación del evento tuvo que cambiar al último minuto debido al gran número de participantes. También el público que hizo el esfuerzo de estar con nosotros durante tres días en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco se merece un agradecimiento. Además, quisiera agradecer a todos los anfitriones de los varios estupendos eventos sociales y visitas que fueron organizados como un milagro. A Clara Rodríguez y al equipo en las oficinas del PAC, incluyendo todos sus voluntarios, quisiera agradecerles por hacer que SITAC funcionara tan bien. A Uzyel Karp y al Taller de Comunicación Gráfica quisiera agradecerles por su estupendo diseño y por la enorme pancarta. Mis gracias también a Guillermo Santamarina por su invención de las *Clínicas*, tan inspiradoras. Agradezco también a los moderadores y a los responsables de las *Clínicas* por hacerse cargo de los diferentes componentes del simposio, y a los traductores de las conferencias por el duro trabajo de traducir simultáneamente durante las largas horas del evento. Mis gracias también a la UNAM y al Director del Centro Cultural Universitario Tlatelolco Sergio Raúl Arroyo y a su equipo por su estupenda hospitalidad. Mi agradecimiento también a todos los ponentes cuyas contribuciones respondieron de manera profunda e inspiradora a *Lo que nos queda. What's left?... What remains?* y por ende hicieron que SITAC VI fuera un evento memorable. Por último, aunque no por ello menos importante, quisiera agradecerle a Viviana Kuri por su continua paciencia especialmente durante el duro proceso de hacer que esta publicación llegara a la imprenta, mientras yo ya estaba de vuelta a mis compromisos en el MIT.

El derecho a la ciudad

David Harvey

Vivimos en una época en la que los ideales de los derechos humanos ocupan el centro de la escena política y ética. Mucha energía política se invierte en promover, proteger y articular su importancia para la construcción de un mundo mejor. En su mayoría, los conceptos que circulan son individualistas y basados en la propiedad privada y por ende no cuestionan las lógicas de mercado liberales y neoliberales y las formas de legalidad y acción estatal neoliberales. Sin embargo, hay ocasiones en las que el ideal se vuelve colectivo, por ejemplo cuando los derechos de las mujeres, los gays y las minorías pasan a un primer plano (una herencia del movimiento de los Derechos Civiles en los Estados Unidos, que era colectivo y con resonancia global). En lo que sigue quisiera explorar otro tipo de derecho colectivo, el derecho a la ciudad. Esto es importante porque ha revivido el interés por las ideas de Henri Lefebvre sobre el asunto tal y como fueron articuladas en relación al movimiento del 68 en Francia, al mismo tiempo que hay muchos movimientos sociales en el mundo cuyo objetivo es exigir el derecho a la ciudad. ¿Qué significa el derecho a la ciudad, entonces?

La ciudad, como el famoso sociólogo urbano Robert Park escribió alguna vez, es “el intento más consistente y, en conjunto, más exitoso del hombre por reconstruir el mundo en el que vive de acuerdo a los deseos de su corazón. Sin embargo, si la ciudad es el mundo que el hombre ha creado, es en consecuencia el mundo en el que está condenado a vivir. Por ende, indirectamente y sin ningún sentido claro de la naturaleza de su empresa, al hacer la ciudad el hombre se ha re-hecho a sí mismo.”

Si Park tiene razón en decir que al construir la ciudad nos hemos re-hecho a nosotros mismos, entonces la cuestión del derecho a la ciudad no puede separarse de la cuestión de qué tipo de personas queremos ser, qué tipos de relaciones humanas estamos buscando, qué relaciones con la naturaleza preferimos, qué estilo de vida deseamos, qué valores estéticos tenemos. El derecho a la ciudad es entonces mucho más que el derecho de acceso individual a los recursos que la ciudad encarna: es el derecho a cambiar a la ciudad de manera más acorde con los deseos de nuestro corazón. Es, además, un derecho colectivo más que individual ya que el cambiar la ciudad inevitablemente depende del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización. Quiero defender la idea que la libertad de hacer y deshacernos a nosotros mismos y a nuestras ciudades es uno de los derechos humanos más preciados pero a la vez más descuidados.

Sin embargo, si como Park afirma hasta este momento hemos carecido de un sentido claro de la naturaleza de nuestra tarea, en primer lugar tenemos que reflexionar sobre cómo hemos sido construidos y reconstruidos a través de la historia por un proceso urbano impulsado hacia delante por poderosas fuerzas sociales. El sorprendente ritmo y escala de la urbanización en los últimos cien años significa, por ejemplo, que hemos sido reconstruidos

varias veces sin saber por qué, cómo o hacia dónde. ¿Ha contribuido esto al bienestar humano? ¿Nos ha convertido en mejores personas o nos ha dejado suspendidos en un mundo de anomia y alienación, rabia y frustración? ¿Nos hemos convertido en meras mónadas sacudidas en un mar urbano? Éste era el tipo de preguntas que preocupaba a muy diferentes comentaristas decimonónicos, como Engels o Simmel, los cuales ofrecieron críticas agudas de los personajes urbanos que surgieron en respuesta a la rápida urbanización. En nuestros días no es difícil enumerar todo tipo de descontentos urbanos en medio de transformaciones urbanas todavía más rápidas, pero parece que no tuviéramos el valor para hacer una crítica sistemática. ¿Qué podemos concluir, por ejemplo, de las inmensas concentraciones de riquezas, privilegios y consumismo en casi todas las ciudades del mundo en el medio de lo que hasta las Naciones Unidas define como un “planeta de barriadas” a punto de explotar?

Exigir el derecho a la ciudad en el sentido que yo le atribuyo aquí es exigir un cierto poder de moldear los procesos de urbanización, las maneras en las cuales las ciudades son hechas y rehechas y hacer esto de manera fundamental y radical. Desde su principio, las ciudades han surgido gracias a concentraciones geográficas y sociales de excedente de producto. La urbanización, por ende, ha sido siempre una suerte de fenómeno de clase, ya que los excedentes han sido extraídos de algún lugar y de alguien mientras que el control sobre el desembolso del excedente típicamente se encuentra en pocas manos. Esta situación general persiste en el capitalismo, por supuesto, pero en este caso hay una estrecha conexión con la eterna búsqueda del valor excedente que guía la dinámica capitalista. Para producir un valor excedente, el capitalista tiene que producir un excedente de producto. Como la urbanización depende de la movilización de un excedente de producto, surge una conexión interna entre el desarrollo del capitalismo y la urbanización.

Consideremos con mayor detenimiento lo que hacen los capitalistas. Empiezan el día con una cierta cantidad de dinero y lo terminan con más. El día siguiente se levantan y tienen que decidir qué hacer con el dinero extra que han ganado el día anterior. Se enfrentan a un dilema faustiano: reinvertir para conseguir aún más dinero o consumir su excedente en placeres. Las leyes coercitivas de la competencia los obligan a reinvertir porque si uno no lo hace, otro seguramente lo hará. Para seguir siendo un capitalista, parte del excedente tiene que ser reinvertido para hacer más excedente. Los capitalistas exitosos normalmente producen un excedente más que suficiente para también satisfacer su deseo por el placer. Sin embargo, el resultado de la perpetua reinversión es la expansión de la producción excedente a una tasa compuesta (de allí las curvas logísticas de crecimiento de la acumulación de capital observable y el paralelo crecimiento logístico de la urbanización bajo el capitalismo).

Las políticas del capitalismo son afectadas por la perpetua necesidad de encontrar terrenos rentables para la producción y la absorción del excedente de capital. Al hacer esto el capitalista se enfrenta con obstáculos hacia la expansión continua y sin problemas. Si hay escasez de fuerza de trabajo y los salarios son demasiado altos, entonces hay que disciplinar la fuerza de trabajo existente (los dos métodos mejores son el desempleo tecnológicamente inducido o un ataque al poder organizado de la clase trabajadora). Es necesario encontrar nuevos medios de producción en general y nuevos recursos naturales en particular. Esto incrementa la presión

sobre el ambiente natural para que produzca las materias primas necesarias y absorba los inevitables desechos. Las leyes coercitivas de la competencia también exigen la implementación continua de nuevas tecnologías y de formas organizacionales, ya que los capitalistas con mayor productividad pueden superar en competitividad a los que usan métodos inferiores. Las innovaciones definen nuevos deseos y necesidades, reducen el tiempo de facturación del capital a través de la aceleración y reducen la fricción de la distancia que limita el arco geográfico en el que el capitalista puede buscar suministro de mano de obra y de materia prima. Si no hay suficiente poder adquisitivo en el mercado entonces hay que encontrar nuevos mercados para expandir el comercio exterior, promoviendo nuevos productos y estilos de vida, creando nuevos instrumentos de crédito. Si, finalmente, la tasa de ganancias es demasiado baja, entonces la regulación estatal de la “ruinosa competencia”, la monopolización (fusiones y adquisiciones) y las exportaciones de capital a nuevos pastizales ofrecen vías de salida.

Si uno de los requerimientos arriba mencionados para la circulación continua de capital y la expansión se bloquea, entonces los capitalistas se enfrentan a una crisis. El capital no puede volverse a invertir para producir ganancias. La acumulación de capital se estanca o se detiene y el capital se devalúa (se pierde) y en algunos casos hasta es físicamente destruido. La devaluación puede asumir muchas formas. Las mercancías excedentes pueden ser devaluadas o destruidas, la capacidad productiva y el valor de los activos puede ser escrito en valor y dejado sin usar o el dinero mismo puede ser devaluado por medio de la inflación. Y en una crisis, por supuesto, el trabajo se devalúa por medio de un masivo desempleo. ¿De qué maneras, entonces, la urbanización capitalista ha sido dirigida por la necesidad de enfrentarse a estas dificultades y de expandir el terreno de la actividad capitalista rentable? Quiero sostener que juega un rol particularmente activo (junto con otros fenómenos como los gastos militares) para absorber el producto excedente que los capitalistas están permanentemente produciendo en su búsqueda por un valor excedente.

En primer lugar, consideremos el caso de París durante el Segundo Imperio. La crisis de 1848 fue una de las primeras crisis claras debidas a un capital excedente no utilizado y a un exceso de fuerza de trabajo y se sintió a nivel europeo. Fue particularmente fuerte en París y el resultado fue una abortada revolución por parte de los trabajadores desempleados y por aquellos burgueses utopistas que veían a la república social como el antídoto a la codicia capitalista y a la inequidad. La burguesía republicana reprimió violentamente a los revolucionarios pero no consiguió resolver la crisis. El resultado fue el ascenso al poder de Louis Napoleón Bonaparte, quien organizó un golpe de estado en 1851 y se proclamó emperador en 1852. Para sobrevivir políticamente, el emperador autoritario apeló a una extensa represión política de movimientos políticos alternativos pero también sabía que tenía que negociar con el problema del excedente de capital y lo hizo anunciando un amplio programa de inversión en infraestructura en la patria y en el extranjero. En el extranjero esto significó la construcción de ferrocarriles a través de Europa y en Oriente, así como el apoyo a grandes obras como el Canal de Suez. En la madre patria significó consolidar la red ferroviaria, construir puertos, avenar pantanos y otras acciones parecidas. Pero sobre todo comportó la reconfiguración de la infraestructura urbana de París. En 1853 Bonaparte trajo a Haussmann a París para que se encargase de las obras públicas.

Hausmann entendió con toda claridad que su misión consistía en resolver el problema del excedente de capital y del desempleo por medio de la urbanización. La reconstrucción de París absorbió enormes cantidades de mano de obra y de capital para los estándares de la época y, acompañada por la supresión autoritaria de las aspiraciones de la fuerza de trabajo parisina, fue un vehículo primario para la estabilización social. Hausmann se guió por los planos utópicos de Fourieristas y Saintsimonianos para reconstruir París que se habían discutido en los años de 1840, pero con una gran diferencia. Transformó la escala en la cual el proceso urbano había sido imaginado. Cuando el arquitecto Hittorf le mostró a Hausmann sus planos para el nuevo boulevard, Hausmann se los tiró diciendo “no es lo suficientemente ancho... usted lo hizo de 40 metros y quiero de 120.” Hausmann pensó la ciudad en una escala más amplia, anexó los suburbios, rediseñó barrios completos (como Les Halles) en lugar de sólo fragmentos y partes del tejido urbano. Cambió la ciudad completamente en lugar de al detalle. Para hacer esto necesitó nuevas instituciones financieras e instrumentos de crédito que fueron construidos según el modelo de Saint Simon. Lo que hizo en realidad fue ayudar a resolver el problema de la disponibilidad de exceso de capital al establecer un sistema Keynesiano de mejoras urbanas infraestructurales financiadas por crédito. El sistema funcionó muy bien por más o menos quince años y comportó no sólo la transformación de las infraestructuras urbanas sino también la construcción de una manera de vivir urbana completamente nueva y la construcción de un nuevo tipo de personaje urbano. París se convirtió en la “ciudad de la luz”, el gran centro del consumismo, el turismo y el placer — los cafés, las tiendas departamentales, la industria de la moda, las grandes exposiciones cambiaron la forma de vivir urbana de maneras tales que pudieron absorber grandes cantidades de excedentes a través de un burdo consumismo (el cual al mismo tiempo ofendía a los tradicionalistas y marginaba a los trabajadores). Sin embargo, en 1868 el sistema financiero y las estructuras de crédito en las que se basaba se derrumbaron. Hausmann fue derrocado, Napoleón III, desesperado, le declaró la guerra a la Alemania de Bismarck y perdió y en el vacío de poder que se creó después surgió la Comuna de París, uno de los más importantes episodios revolucionarios en la historia urbana capitalista.

Avancemos ahora a 1942 en los EEUU. El problema de disposición del exceso de capital que parecía imposible de resolver en los años treinta (y el consecuente desempleo) fue temporalmente resuelto por la inmensa movilización para el esfuerzo bélico. Sin embargo, todo el mundo tenía miedo de qué iba a pasar después de la guerra. Políticamente la situación era muy peligrosa. El gobierno federal estaba aplicando, en efecto, una economía nacionalizada, era aliado de la comunista Unión Soviética y fuertes movimientos sociales con inclinaciones socialistas habían surgido en los años Treinta. Todos sabemos la sucesiva historia de las políticas del Macartismo y la Guerra Fría (de las cuales había abundantes señales en 1942). Como Louis Bonaparte, una considerable dosis de represión política era exigida por las clases dominantes de la época. ¿Pero cómo resolver el problema del uso del excedente de capital? En 1942 en una revista de arquitectura apareció una larga evaluación de los esfuerzos de Hausmann. Documentaba con todo detalle por qué lo que había hecho era tan importante e intentaba un análisis de sus errores. El artículo lo había escrito nadie más ni menos que Robert Moses, quien después de la Segunda Guerra Mundial le hizo a la entera región metropolitana de Nueva York

lo que Hausmann a París. Es decir, Moses cambió la escala en la cual pensar los procesos urbanos y a través de un sistema de autopistas (financiadas por medio de créditos) y transformaciones infraestructurales, a través de la suburbanización y una completa reestructuración no sólo de la ciudad sino de toda el área metropolitana, absorbió el producto excedente y así ayudó a resolver el problema de la absorción del excedente de capital. Este proceso, a escala nacional, como en todos los mayores centros metropolitanos de EEUU (otra transformación de escala), jugó un rol crucial en la estabilización del capitalismo global después de la Segunda Guerra Mundial (éste fue un periodo en el cual los EEUU podían permitirse impulsar toda la economía global no comunista a través de déficit de comercio). La suburbanización de los EEUU no fue sólo cuestión de nuevas infraestructuras. Como sucedió en el París del Segundo Imperio, comportó una radical transformación en estilos de vida y produjo una manera de vivir completamente nueva en la que nuevos productos, desde vivienda a refrigeradores y aire acondicionado así como dos coches en la entrada y un enorme aumento en el consumo de gasolina jugaron un papel en la absorción del excedente. Este proyecto tuvo éxito hasta finales de los años 1970 cuando, como le sucedió a Hausmann, un diferente tipo de crisis empezó a surgir y Moses cayó en desgracia y sus soluciones fueron vistas como inapropiadas e inaceptables. Los tradicionalistas se reunieron alrededor de Jane Jacobs e intentaron contrarrestar el brutal modernismo de los proyectos de Moses. Pero los suburbios habían sido construidos y la radical transformación en el estilo de vida que esto había comportado tuvieron todo tipo de consecuencias sociales, por ejemplo conduciendo a las feministas de la primera ola a proclamar el suburbio y su estilo de vida como el locus de todas sus principales quejas. Y si la “hausmanización” de París tuvo un rol en explicar las dinámicas de la comuna de París, de la misma manera las cualidades sin alma de la vida suburbana tuvieron un rol fundamental en los dramáticos movimientos de 1969, cuando los descontentos estudiantes de clase media blanca se rebelaron, buscando alianzas con otros grupos marginados y uniéndose contra el imperialismo estadounidense para crear un movimiento que permitiera construir otro tipo de mundo incluyendo un diferente tipo de experiencia urbana. En París el movimiento para impedir la vía rápida en la Orilla Izquierda y la invasión del centro de París y la destrucción de los barrios tradicionales por parte de los invasores “gigantes elevados” de los que la Place d’Italie y la Tour de Montparnasse eran ejemplares, jugaron un rol importante en animar los procesos más amplios de la revuelta de 1968. Y en este contexto Lefebvre escribió su texto previsor en el que anticipaba, entre otras cosas, no sólo que el proceso urbano era crucial para la supervivencia del capitalismo y por ende estaba destinado a volverse un foco central de la lucha política y de clases, sino que este proceso estaba borrando paso a paso las distinciones entre ciudad y campo a través de la producción de espacios que estaban más claramente integrados uno con otro. El derecho a la ciudad tenía que significar el derecho a controlar todo el proceso urbano que estaba dominando cada vez más el campo (desde los negocios agrícolas hasta las segundas casas).

No obstante, al mismo tiempo que la revuelta del 68, en parte por nostalgia por lo que se había perdido y en parte anticipando la demanda de la construcción de un tipo diferente de experiencia urbana, tuvo lugar una crisis financiera en las instituciones de crédito que impulsó el boom en la propiedad a través de financiamientos con crédito. Esta crisis cobró

velocidad a finales de los sesentas hasta que todo el sistema capitalista cayó en una enorme crisis global, empezada por la ruptura de la burbuja del mercado global de propiedad en 1973, seguida por la bancarrota fiscal de la ciudad de Nueva York en 1975. Los días oscuros de los setenta estaban sobre nosotros y como había pasado ya tantas veces antes, la pregunta era ahora cómo rescatar al capitalismo de sus propias contradicciones y en esto, si la historia iba a ser una guía, el proceso urbano tenía que jugar un rol significativo. En este caso, como he mostrado en otro artículo, la respuesta a la crisis fiscal de NY de 1975 guió hacia la construcción de la respuesta neoliberal al problema.

Ahora adelantemos hasta nuestra coyuntura actual. El capitalismo internacional ha estado en una montaña rusa de crisis regionales y quiebras (el Este y el Sudeste asiático en 1997-8, Rusia en 1998, Argentina en 2001, etcétera) pero hasta ahora ha evitado una quiebra total aún frente al problema crónico del uso del exceso de capital. ¿Cuál fue el rol de la urbanización en la estabilización de esta situación? En los EEUU es un dato aceptado que el mercado de la vivienda ha sido un importante estabilizador de la economía, principalmente desde más o menos el 2000 (después de la quiebra del sector tecnológico de finales de los noventa). Absorbió gran parte del capital excedente directamente a través de nueva construcción (en el centro de la ciudad y en los suburbios) mientras que la rápida inflación de los precios activos de la vivienda respaldados por una derrochadora oleada de refinanciamiento de hipotecas a tasas de interés históricamente bajas estimuló el mercado interno de EEUU para los bienes de consumo y los servicios. El mercado global ha sido en parte estabilizado mientras los EEUU tiene enormes déficits de comercio con el resto del mundo, pidiendo prestados más o menos \$2 mil millones por día para alimentar su insaciable consumismo y la guerra en Afganistán e Irak financiada por deudas.

Pero el proceso urbano ha sufrido otra transformación de escala. En breve, se ha vuelto global. Así que no tenemos sólo que enfocarnos en los EEUU. Similares boom inmobiliarios en Gran Bretaña y España, así como en muchos otros países, han ayudado a alimentar la dinámica capitalista en maneras más o menos parecidas a lo que sucedió en los EEUU. La urbanización de China en los últimos veinte años ha sido de carácter diferente (con su fuerte énfasis en construir infraestructuras), pero aún más importante que la de EEUU. Su paso aumentó enormemente después de una breve recesión en 1997 o por ahí, tanto que China ha absorbido más o menos la mitad de las provisiones de cemento del mundo desde 2000. Más de 100 ciudades han superado la marca de un millón de pobladores en los últimos veinte años y los pequeños pueblos, como Censen, se han convertido en enormes metrópolis con hasta 10 millones de habitantes. Amplios proyectos infraestructurales, como diques o autopistas — también financiados contrayendo deudas — están transformando el paisaje. Las consecuencias para la economía global y la absorción del excedente de capital han sido significativas: Chile florece por la demanda de cobre, Australia prospera y hasta Brasil y Argentina se recuperan en parte por la fuerza de la demanda de China de materias primas. ¿Es la urbanización de China el principal estabilizador del capitalismo global? La respuesta ha de ser en parte sí. Pero China sólo es el epicentro de un proceso de urbanización que ahora se ha vuelto genuinamente global en parte a través de la sorprendente integración global de los mercados financieros que usan su flexibilidad para financiar por medio

de deudas proyectos urbanos desde Dubai hasta Sao Paolo y desde Mumbai hasta Hong Kong y Londres. El banco central chino, por ejemplo, ha estado activo en el mercado secundario de las hipotecas en EEUU mientras que Goldman Sachs ha estado fuertemente involucrado en el creciente mercado de propiedades en Mumbai y capital de Hong Kong se ha invertido en Baltimore. Cada zona urbana del mundo tiene su boom de construcción en plena oscilación en medio de una afluencia de inmigrantes empobrecidos que simultáneamente está creando un planeta de barriadas. Los booms de construcción son evidentes en Ciudad de México, Santiago de Chile, Mumbai, Johannesburg, Seúl, Taipei, Moscú y en toda Europa (en España tiene proporciones más dramáticas) así como en las ciudades de los países más capitalistas como Londres, Los Ángeles, San Diego y Nueva York (donde ahora más que nunca hay tantos proyectos urbanos a gran escala en movimiento). Proyectos de urbanización sorprendentes y en ciertos aspectos ridículos han surgido en Medio Oriente en lugares como Dubai y Abu Dhabi como una manera de recoger los excedentes surgidos de la riqueza del petróleo en las maneras más evidentes, socialmente injustas y ambientalmente más contaminantes posibles (como una pendiente para esquiar cubierta). Estamos asistiendo aquí a otra transformación en escala, una que hace difícil entender que lo que está sucediendo globalmente es en principio similar a los procesos que Haussmann manejó con tanta experiencia por un momento en el París del Segundo Imperio.

El boom urbanístico ha dependido, como los otros antes que él, en la construcción de nuevas instituciones financieras y acuerdos para organizar el crédito necesario para sostenerlo. Las innovaciones financieras puestas en marcha en los años ochenta, particularmente la aseguración y la consolidación de hipotecas locales para venta a inversores de todo el mundo, han jugado un rol crucial. Las ventajas de esto fueron muchas: se repartió el riesgo y se permitió que los conjuntos de ahorros excedentes tuvieran mejor acceso a la demanda de exceso de vivienda y también, en virtud de sus coordinaciones, bajó el precio de las tasas de interés agregado (mientras que al mismo tiempo generaba inmensas fortunas para los intermediarios financieros que consiguieron estos milagros). Pero repartir el riesgo no elimina el riesgo. Además, el hecho que el riesgo se pueda difundir ampliamente favorece comportamientos locales todavía más riesgosos, ya que el riesgo se puede transferir a otro lugar. Sin los controles adecuados de cálculo de riesgo, el mercado de hipotecas se salió de las manos y lo que le sucedió a los hermanos Pereire en 1867-8 y al derroche fiscal de la ciudad de Nueva York en los tempranos años setenta, se ha convertido ahora en la llamada crisis del crédito “subprime” y del valor libre de la vivienda, concentrada en primera instancia en y alrededor de ciudades estadounidenses con implicaciones particularmente serias para los americanos de origen africano de bajos recursos y para mujeres solteras que son cabeza de familia (una increíble instancia de un ataque contra el bienestar de americanos de origen africano y mujeres en el contexto de las fuerzas de clase). Esta crisis, con negativos impactos locales sobre la vida y las infraestructuras urbanas también amenaza la entera arquitectura del sistema financiero global y podría provocar una fuerte recesión. Distribuir el riesgo se convierte en distribuir el dolor (ya que un banco local en Alemania quiebra y también varios bancos franceses entran en dificultades). Los paralelismos con los años setenta son, para ponerlo en términos modestos, extraordinarios (incluyendo la respuesta de “dinero fácil” de la Reserva Federal de EEUU en 2008 que

seguramente generará en un futuro no muy distante fuertes corrientes de incontrolable inflación, como sucedió en los setenta a partir de estrategias similares). Pero la situación es todavía más compleja ahora y todavía es una pregunta abierta si una seria crisis en los EEUU pudiera ser compensada en otro lugar (e.g. en China, aunque aún aquí el ritmo de la urbanización parece estarse deteniendo). Pero el sistema financiero también está más estrechamente relacionado que nunca. El comercio manejado por computadoras a cada instante, cuando se sale de sus rieles, siempre amenaza con crear una gran divergencia en el mercado (ya está produciendo una increíble volatilidad en los mercados de acciones) que producirá una masiva crisis que requiere un completo re-pensamiento de cómo trabaja el capital financiero y los mercados de dinero, incluyendo su relación con los procesos de urbanización.

Como en todas las fases precedentes, esta muy radical expansión del proceso urbano ha traído como consecuencia increíbles transformaciones en el estilo de vida. La calidad de la vida urbana se ha vuelto una mercancía así como la ciudad misma, en un mundo en el que el consumismo y el turismo son aspectos fundamentales de la economía política urbana. La preferencia posmoderna por favorecer la formación de nichos de mercado, en la elección de estilos de vida urbanos y en los hábitos de consumo, rodea la experiencia urbana contemporánea con un aura de libertad de elección en el mercado, si uno tiene el dinero. Los centros comerciales, los complejos multicine y las conglomerados de tiendas proliferan (la producción de cada una de ellas se ha convertido en un gran negocio) así como los mercados artesanales, las tiendas de comida rápida, la cultura de las boutiques y, como Sharon Zukin lo indica, la “pacificación por medio del cappuccino”. Hasta el incoherente, insulso y monótono desarrollo suburbano que continúa dominando en muchas áreas ahora tiene su antídoto en el movimiento de un “nuevo urbanismo” que promociona la venta de la comunidad y un estilo de vida de boutique como si fuera un producto nuevo destinado a hacer realidad sueños urbanos. Éste es un mundo en el que la ética neoliberal de un intenso individualismo posesivo puede convertirse en una plantilla para la socialización de la personalidad humana.

También vivimos en ciudades cada vez más divididas, fragmentadas y tendientes al conflicto. Cómo vemos el mundo y definimos las posibilidades depende de en qué lado de las barricadas nos encontramos y a qué tipo de consumismo tenemos acceso. En las décadas pasadas el giro neoliberal ha restituido el poder de clase a las ricas élites. Catorce millonarios han surgido en México desde el giro neoliberal y México ahora puede presumir del hombre más rico de la tierra, Carlos Slim, al mismo tiempo que los ingresos de los pobres se han estancado o disminuido. Los resultados están indeleblemente grabados en las formas espaciales de nuestras ciudades, que cada vez más se convierten en ciudades de fragmentos fortificados, de comunidades cerradas y espacios públicos privatizados constantemente controlados. Especialmente en el mundo en desarrollo la ciudad:

se está dividiendo en diferentes partes separadas, con la aparente formación de muchos ‘micro estados’. Las colonias ricas que tienen todo tipo de servicios, como escuelas exclusivas, campos de golf, canchas de tenis y policía privada patrullando el área todo el día se entrelazan con asentamientos ilegales en los que hay

agua sólo en fuentes públicas, no hay sistemas de sanidad, la electricidad está pirateada por unos pocos privilegiados, las calles se convierten en ríos de barro cuando llueve y lo común es compartir las casas. Cada fragmento parece vivir y funcionar autónomamente, agarrándose fuertemente a lo que ha logrado arrebatar en la lucha diaria por la supervivencia.

Bajo estas condiciones los ideales de identidad urbana, ciudadanía y pertenencia, ya amenazados por el malestar cada vez más difundido de la ética neoliberal, se vuelven mucho más difíciles de sostener. Hasta la idea de que la ciudad puede funcionar como una política de un cuerpo político, un espacio en el que y desde el que los movimientos sociales progresivos pueden emanar, parece cada vez más inverosímil. La escala global de los propios procesos urbanos contemporáneos, por supuesto, lleva a un regreso político a lo local como el único espacio en el que puede ser posible una acción política significativa, aun por parte de las clases altas mientras llevan a cabo esquemas de elitización y mejoramiento. Sin embargo, de hecho hay todo tipo de movimientos urbanos sociales bajo los reflectores que buscan superar los aislamientos y reformular la ciudad en una imagen social diferente de la dada por los poderes de los desarrolladores urbanos respaldados por los recursos financieros, el capital corporativo y un aparato local estatal que cada vez razona más en términos empresariales.

Pero la absorción del excedente por medio de la transformación urbana tiene un aspecto todavía más oscuro. Ha comportado sucesivos brotes de reestructuración urbana a través de la destrucción creativa. Esto casi siempre tiene una dimensión de clase ya que normalmente son los pobres, los no privilegiados y los marginados de los poderes políticos los que sufren más por este proceso. Para conseguir el nuevo mundo urbano sobre las ruinas del viejo se necesita violencia. Haussmann destruyó las viejas barriadas de París usando poderes de expropiación supuestamente para el beneficio público y lo hizo en nombre del progreso cívico y la renovación. Deliberadamente planeó la eliminación de gran parte de la clase obrera y de otros elementos desobedientes del centro de París en el que constituían una amenaza para el orden público y el poder político. Creó una forma urbana en la que se creía (incorrectamente, como se mostró en 1871) que suficientes niveles de vigilancia y control militar eran posibles para asegurar que los movimientos revolucionarios podían ser fácilmente controlados por el poder militar. Sin embargo, como Engels indicó en 1872:

en realidad, la burguesía sólo tiene un método de resolver a su manera la cuestión de la vivienda, esto es, resolverlo de tal manera que la solución perpetuamente renueva otra vez la cuestión. Este método se llama ‘Haussmann’ [con lo cual] me refiero a la práctica que ahora se ha vuelto general de penetrar en los barrios obreros de nuestras grandes ciudades y particularmente en áreas situadas cerca del centro, aparte de si esto se hace en consideración a la salud pública, para embellecer la ciudad, en repuesta a la demanda de grandes recintos comerciales situados en el centro, por requerimientos de tráfico como el trazado de ferrocarriles, calles [que a veces parecen tener como objetivo hacer más difícil el combate con barricadas]... No importa

qué tan diferentes sean estas razones, el resultado es siempre el mismo; los escandalosos callejones desaparecen acompañados con abundante auto elogio por parte de la burguesía por este notable éxito, pero suelen aparecer en otro lado (...) los lugares en los que se engendran las enfermedades, los agujeros y sótanos infames en los que el modo de producción capitalista confina a nuestros trabajadores noche tras noche no se han abolido; sólo se han movido a otra parte. La misma necesidad económica que los ha producido en un primer lugar los produce en el siguiente lugar.

En realidad llevó más de 100 años completar el aburguesamiento del París central con las consecuencias que hemos visto en años recientes de revueltas y estragos en los suburbios aislados en los que los inmigrantes marginados y los jóvenes y trabajadores desempleados están cada vez más atrapados. El punto triste aquí es, por supuesto, que los procesos que Engels describió vuelven a repetirse una y otra vez en la historia capitalista urbana. Robert Moses “llevó un hacha de carnicero al Bronx” (en sus palabras infames) y los lamentos de los grupos y movimientos del barrio fueron muy fuertes, tanto que finalmente se unieron alrededor de la retórica de Jane Jacobs, sobre la inimaginable destrucción del valioso tejido urbano pero también de enteras comunidades de residentes y de sus redes de integración social establecidas desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, en el caso de Nueva York y de París, una vez que el brutal poder de las expropiaciones del estado fuera exitosamente resistido y contenido, un proceso de transformación todavía más insidioso y canceroso ocurrió a través de la disciplina fiscal de los gobiernos urbanos democráticos, mercados de terrenos, especulación de propiedades y la clasificación del uso de suelo hacia aquellos usos que generaban a mayor tasa de ganancia financiera bajo el “uso mejor y más alto” del suelo. Engels también entendió demasiado bien de qué se trataba este proceso:

El crecimiento de las grandes ciudades modernas le da a la tierra en ciertas áreas, particularmente en aquellas situadas centralmente, un valor que aumenta artificial y colosalmente; los edificios que se construyen en estas áreas disminuyen este valor en lugar de aumentarlo, ya que ya no pertenecen a las circunstancias cambiadas. Se los demuele y se los reemplaza por otros. Esto tiene lugar sobre todo con las casas de los trabajadores que se encuentran situadas en el centro y cuyos alquileres, aún con el más grande sobrepoblamiento, nunca o sólo muy lentamente pueden aumentar más allá de un cierto máximo. Se los demuele y en su lugar se construyen tiendas, bodegas y edificios públicos.

Es deprimente pensar que todo esto haya sido escrito en 1872, ya que la descripción de Engels se aplica directamente a procesos urbanos contemporáneos en gran parte de Asia (Delhi, Seúl, Mumbai) así como a la contemporánea elitización de Harlem en NY. Un proceso de desplazamiento y expropiación, en breve, también se encuentra al centro del proceso urbano bajo el capitalismo y es el reflejo de la absorción de capital a través del desarrollo urbano. Una economía de expropiación es paralela a una economía de acumulación de capital.

Tómese en cuenta el caso de Mumbai en donde hay seis millones de personas que oficialmente son consideradas como habitantes de barriadas establecidas en terrenos sin ningún título legal (los lugares en los que viven son dejados en blanco en todos los mapas de la ciudad). Con el intento de convertir a Mumbai en un centro global financiero que rivalice con Shanghai,

el boom del desarrollo de propiedad aumenta su ritmo y la tierra que ocupan los habitantes de las barriadas aumenta de valor. Los poderes financieros, respaldados por el estado, empiezan un forzoso despeje de las barriadas, en algunos casos tomando posesión violentamente de un terreno ocupado por una entera generación por habitantes de barriadas. La acumulación de capital sobre la tierra a través de la actividad inmobiliaria aumenta exponencialmente ya que la tierra se adquiere prácticamente a tasa cero. ¿Recibe esta gente algún tipo de compensación? Los afortunados un poco. Pero mientras que la constitución india especifica que el estado tiene la obligación de proteger las vidas y el bienestar de toda la población, sin importar la casa o la clase, y de garantizar los derechos a una vivienda digna, la Suprema Corte de la India ha emanado juicios de procedencia y de no procedencia que reescriben este requerimiento constitucional. Ya que los habitantes de las barriadas son ocupantes ilegales y muchos no pueden probar definitivamente su residencia de largo plazo en la tierra, no tienen ningún derecho a una compensación. Conceder este derecho, dice la Suprema Corte, sería como darle un premio a un ladrón por sus acciones. Así que los habitantes de las barriadas o resisten y luchan o mueven sus pocas pertenencias para acampar en los bordes de las autopistas o a donde puedan encontrar un pequeño espacio. Un ejemplo parecido de expropiación (aunque menos brutal y más legalista) puede encontrarse en los EEUU a través del abuso de los derechos de expropiación que permite desplazar a residentes antiguos en viviendas razonables a favor de un uso mayor de la tierra (como condominios o grandes almacenes). Desafiada en la Suprema Corte de los jueces liberales ganaron al decir que era perfectamente constitucional que jurisdicciones locales se comportaran de esta manera para aumentar su impuesto a la renta de base.

En Seúl en los noventas las compañías constructoras y los empresarios inmobiliarios contrataron brigadas de tipos parecidos a jugadores de sumo que invadieron enteros barrios y con enormes martillos destruyeron no sólo las habitaciones sino todas las posesiones de aquellos que habían construido sus propias viviendas en las laderas de la ciudad en los años cincuenta en lo que en los noventas se iba a convertir en tierra de gran valor. La mayoría de estas laderas están ahora cubiertas con altas torres que no tienen huella de los procesos brutales de despeje de la tierra que permitieron su construcción. En China millones de personas han sido desposeídas de los espacios que han ocupado desde hace mucho tiempo. Al no tener derechos de propiedad privada, el estado puede simplemente sacarlos de la tierra por fiat ofreciendo un minúsculo pago en efectivo para ayudarlos a irse (antes de darle la tierra a los empresarios con un gran beneficio). En algunas instancias la gente se mueve de buena gana, pero también hay indicaciones de amplia resistencia, cuya usual respuesta es la brutal represión por parte del partido comunista. En el caso chino los que son desplazados suelen ser poblaciones en los márgenes rurales, ilustrando el significado del argumento de Lefebvre, previsto en los años sesenta, que la clara distinción que una vez existió entre lo urbano y lo rural estaba gradualmente desdibujándose en un conjunto de espacios porosos de desarrollo geográfico desigual bajo el mando del capital y del estado. Esto también es el caso en la India, donde la política de zonas de desarrollo económico especial ahora preferido por los gobiernos centrales y estatales está llevando a la violencia contra los productores agrícolas, la más grave de las cuales fue la masacre de Nandigram en Bengala Occidental, organizada por el partido marxista

que ahora gobierna, para dejar espacio para el capital indonesio de gran escala que está tan interesado en el desarrollo de propiedades como en el desarrollo industrial. En este caso los derechos de propiedad privada no ofrecieron ningún tipo de protección. Y lo mismo sucede con la propuesta aparentemente progresista de darle derechos de propiedad privada a las poblaciones de “paracaidistas” para darles los recursos con los cuales salir de la pobreza. Éste es el tipo de propuesta que ahora se discute para las favelas de Río de Janeiro, pero el problema es que los pobres, acosados por la inseguridad de sus ingresos y las frecuentes dificultades financieras, pueden ser fácilmente persuadidos a cambiar este bien por un pago en efectivo relativamente bajo (los ricos típicamente se niegan a entregar sus bienes a cualquier precio, lo cual explica por qué Moses pudo llevar el hacha de carnicero al Bronx pero no a Park Avenue). Mi apuesta es que, si la actual tendencia persiste, en 15 días todas esas colinas ocupadas por favelas estarán cubiertas por altos condominios con fabulosas vistas sobre la bahía de Río mientras que los antiguos moradores de las favelas se habrán ido a vivir a alguna remota periferia.

Podemos concluir que la urbanización ha jugado un rol crucial en la absorción del exceso de capital y lo ha hecho en escala geográfica cada vez más grande, pero al precio de un floreciente proceso de destrucción creativa que comporta privara las masas urbanas de cualquier derecho a la ciudad. Esto periódicamente termina en una revuelta, como los desposeídos de París se alzaron en 1871, buscando reclamar la ciudad que habían perdido. Los movimientos sociales urbanos de los años sesentas (en los EEUU después del asesinato de Martin Luther King en 1968) también buscaron definir una diferente manera de vivir en la ciudad, alternativa a la que les era impuesta por los empresarios capitalistas y el estado. Si como parece las dificultades fiscales en la actual coyuntura aumentan y la antes exitosa fase neoliberal, posmoderna y consumista de la absorción del excedente del capitalismo a través de la urbanización está por terminar y una crisis más amplia le sigue, entonces surge una pregunta: ¿a dónde está nuestro 68 o, aún más dramáticamente, nuestra versión de la Comuna? Como con el sistema fiscal, la pregunta está destinada a ser mucho más compleja justamente debido a que el proceso urbano ahora es global en sus objetivos. Hay signos de revuelta por todas partes (el malestar en China e India es crónico, hay guerras civiles en África, Latinoamérica está en fermento, los movimientos autonómicos están surgiendo por todas partes y hasta en los EEUU los signos políticos sugieren que la mayoría de la población está diciendo ya basta a las furiosas inequidades). Cualquiera de estas revueltas podría de improviso volverse contagiosa. Al contrario del sistema fiscal, sin embargo, los movimientos de oposición sociales urbanos y periurbanos, de los que hay muchos en el mundo, no están para nada relacionados. En efecto, muchos no tienen ninguna conexión los unos con los otros. Pero si de alguna manera pudieran reunirse, ¿qué pedirían?

La respuesta a esta última pregunta es bastante simple: mayor control democrático sobre la producción y el uso del excedente. Ya que el proceso urbano es un gran canal de uso, entonces el derecho a la ciudad se constituye estableciendo un control democrático sobre el despliegue del excedente a través de la urbanización. Tener un producto excedente no es una mala cosa: en efecto, en muchas circunstancias un excedente es necesario para una supervivencia adecuada. A través de la historia capitalista, parte del valor excedente ha sido recogido por el estado por medio de impuestos y en las fases de social democracia esta proporción aumentó

significativamente poniendo gran parte del excedente bajo control estatal. El proyecto neoliberal en los últimos 30 años se ha orientado a privatizar el control sobre el excedente. Los datos para todos los países de OECD muestran, sin embargo, que la parte del producto bruto absorbida por el estado ha sido constante desde los años setentas. El principal resultado de la agresión neoliberal, entonces, ha sido impedir que la porción del estado se expandiera como en los años sesentas. Una ulterior respuesta ha sido crear nuevos sistemas de gobierno que integren intereses corporativos y estatales y que, a través de la aplicación del poder del dinero, aseguren que el control sobre el desembolso del excedente a través del aparato estatal favorezca el capital corporativo y las clases altas. Aumentar la porción de excedente bajo control estatal podría funcionar sólo si el propio estado se volviera a poner bajo control democrático.

Pero cada vez más vemos que el derecho a la ciudad cae en las manos de los intereses privados o casi privados. En la ciudad de Nueva York, por ejemplo, tenemos un alcalde millonario, Michael Bloomberg, quien está remodelando la ciudad según líneas favorables a Wall Street y a elementos de clase capitalista transnacionales, mientras que sigue vendiendo la ciudad como la mejor ubicación para negocios de gran valor y como un estupendo destino para turistas, de esta manera convirtiendo Manhattan en una gran comunidad cerrada para los ricos. En Seattle el millonario Paul Allen manda y en el DF Carlos Slim ha mandado repavimentar las calles del centro para acomodar la mirada turística. Y no sólo son los individuos ricos los que ejercitan un poder directo. En New Haven, sin recursos propios para la reinversión urbana, es Yale, una de las universidades más ricas del mundo, la que está rediseñando el tejido urbano para acoger sus necesidades. Johns Hopkins está haciendo lo mismo en Baltimore y Columbia planea hacer lo mismo en NY (provocando la resistencia de los movimientos de barrios en ambos casos). El derecho a la ciudad, así como se lo ha constituido ahora, está planteado en términos demasiado estrechos, en la mayoría de los casos en las manos de pequeñas élites políticas y económicas que están en condiciones de darle forma a la ciudad según sus propios deseos particulares.

Todavía está por verse un coherente movimiento de oposición cuyo objetivo sea obtener mayor control sobre los usos del excedente (por no hablar sobre la condiciones de su producción). El derecho a la ciudad debe ser articulado como una exigencia y debe regresar al centro de la escena, precisamente porque se concentra en quién es el que maneja la conexión íntima que prevalece, desde tiempos inmemoriales, entre la urbanización y la producción y uso del excedente. La democratización del derecho a la ciudad y la construcción de un amplio movimiento social para ganar mayor control sobre el uso del excedente es imperativa. La economía de la expropiación debe ser limitada si no abolida a expensas de la economía de una infinita acumulación de capital de la consolidación del poder de clase.

En enero de 2008 una gran pancarta colgaba en la Plaza de las Tres Culturas en México, escena de una trágica masacre de estudiantes en 1968. Citaba a André Breton: “‘CAMBIAR EL MUNDO’ DIJO MARX; ‘CAMBIAR LA VIDA’ DIJO RIMBAUD; ESOS DOS CONSIGNAS PARA NOSOTROS SON UNA MISMA.” Parece un muy buen grito de unificación para un movimiento que recupere la ciudad de la que han sido excluidos y con frecuencia desposeídos.

Traducido por Laura Moure.